



**Hermanos de
las Escuelas
Cristianas**

La  Salle

IN MEMORIAM

***Hermano Miguel Adolfo
Campos Mariño, FSC***

(1938-2024)

CIRCULAR

479



CIRCULAR 479
Septiembre 2024

Hermano Miguel Adolfo Campos Mariño, FSC

(1938-2024)



Prof. Lisa Jarvinen
Hno. Robert Comte
Hno. William Mann
Hno. Diego Muñoz
Hno. Álvaro Rodríguez
Hno. Robert Schieler

HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS
Consejo General
Roma, Italia

CIRCULAR N. 479

In memoriam Hermano Miguel Adolfo Campos Mariño, FSC (1938–2024)

Autores

Prof. Lisa Jarvine

Hno. Robert Comte, FSC

Hno. William Mann, FSC

Hno. Diego Muñoz, FSC

Hno. Álvaro Rodríguez, FSC

Hno. Robert Schieler, FSC

Dirección general

Hno. Santiago Rodríguez Mancini, FSC

Dirección editorial

Sr. Óscar Elizalde Prada

Coordinación editorial

Sra. Ilaria Iadeluca

Coordinación gráfica

Sra. Giulia Giannarini

Revisión textual

Hno. Agustín Ranchal, FSC

Maquetación

Sr. Milton Ruiz Clavijo

Producción editorial

Ilaria Iadeluca, Giulia Giannarini, Fabio Parente, Óscar Elizalde Prada

Impresión

Tipografía Salesiana Roma

Oficina de Información y Comunicación

Casa Generalicia, Roma, Italia

Septiembre de 2024

** Esta obra ha sido publicada originalmente en inglés.*



INDICE

1. INFANCIA Y CAMINO VOCACIONAL (1938-1959)

*Dios, que conduce todas las cosas con sabiduría y paciencia,
supo hablar a mi corazón inquieto* 5

2. ESTUDIANTE DE TEOLOGÍA (1959-1965)

Fascinado por una Iglesia milenaria capaz de reinventarse..... 13

3. PRIMEROS AÑOS COMO HERMANO (1965-1970)

De compromiso en compromiso, en tiempos confusos 17

4. ESTUDIANTE E INVESTIGADOR EN ROMA (1970-1973)

*Percibir las llamadas de Dios en el devenir de la historia y
responder a sus invitaciones* 23

5. EDUCADOR Y PASTORALISTA EN ESTADOS UNIDOS (1973-1986)

Caminando junto a otros, en un intenso cambio de época..... 29

6. NUEVO IMPULSO A LOS ESTUDIOS LASALIANOS (1986-1991)

Acompañando a los Hermanos desde sus propias historias 36

7. DE REGRESO A FILADELFIA (1991-1998)

Consciente de vivir una época de transición..... 40

8. POR FIN, DE REGRESO A CUBA (1998–2000)

Caminando con esperanza para abrir nuevos caminos de Iglesia 44

9. CONSEJERO GENERAL DEL INSTITUTO (2000–2007)

En fidelidad al movimiento del Espíritu, con el corazón encendido 49

10. AL SERVICIO DEL INSTITUTO (2007–2015)

Juntos estamos llamados a ser testigos del Reino para los jóvenes 56

11. SUS ULTIMOS PASOS (2015–2024)

Preparado para abrazar el don de la eternidad..... 60

1. INFANCIA Y CAMINO VOCACIONAL (1938-1959)

Dios, que conduce todas las cosas con sabiduría y paciencia, supo hablar a mi corazón inquieto

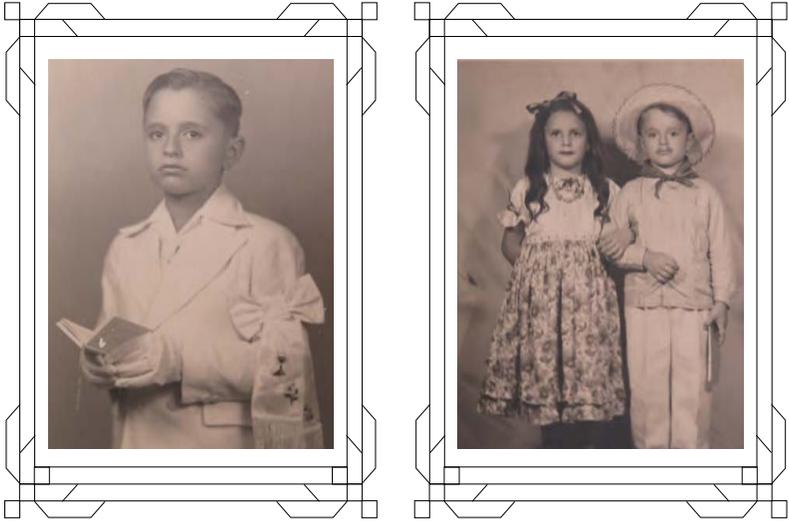
Miguel Adolfo Campos Mariño nació el 17 de junio de 1938 en El Central San Antonio de Guantánamo, hijo de Miguel Campos Castillo y Angela Mariño Alonso. Miguel fue el primero de tres varones; pronto le seguirían sus hermanos menores Pedro y Freyde.



San Antonio era una *central* o ingenio azucarero, en Oriente, entonces una provincia en el extremo oriental de Cuba. La economía de Oriente se basaba en el azúcar, el café y el ganado. El padre de Miguel tenía una tienda en San Antonio y un rancho en el campo. Los orígenes de la familia eran principalmente españoles: su madre

era asturiana y su padre castellano. Miguel había caído en la cuenta de que esto hacía que las dos familias fueran muy diferentes entre sí. Mientras que los castellanos eran serios y tranquilos, recordaba que la familia de su madre era divertida y animada. En San Antonio vivían cerca de su abuela materna, que tuvo a sus dos últimas hijas casi al mismo tiempo que nacieron los dos hermanos pequeños de Miguel. Los tres chicos crecieron con sus tías que eran casi de su misma edad. También había otros parientes y Miguel rememoraba una infancia muy unida, rodeado de una gran familia. Uno de sus primeros recuerdos más preciados eran los manglares de la playa de Puerto Escondido, en la bahía de Guantánamo. Incluso a una edad avanzada, pensar en el azul intenso del agua y en los pájaros volando alrededor de los árboles le producía una sensación de serenidad.

Cuando él y sus hermanos pequeños se acercaron a la edad escolar, la familia se trasladó a la ciudad de Guantánamo. Los chicos asistieron al Colegio Sagrado Corazón, la escuela dirigida por los Hermanos de La Salle. Miguel destacó como estudiante en todas las áreas, con la pequeña excepción de la educación física. También era devoto. Su hermano menor, Freyde, recuerda que se unió a clubes juveniles católicos imitando a Miguel, que había abrazado una profunda fe desde muy joven. En la década de 1940, el trabajo que el Hermano Victorino había realizado para desarrollar un movimiento de Acción Católica en Cuba había fructificado en forma de organizaciones para todas las edades y grupos sociales.



Aunque Miguel tenía muchos recuerdos felices de su infancia, más tarde observó que él y otros miembros de su clase social vivían en una especie de burbuja, protegidos de las realidades sociales de pobreza y desigualdad generalizadas en Cuba. De niño, le atormentaba el recuerdo de haber ido con una mujer afrocubana que trabajaba en la casa de su familia al funeral de un niño de una familia pobre. El terror a la muerte y su incomprendibilidad estuvieron a punto de vencerle. Más tarde, como parte de su espiritualidad en desarrollo, llegaría a comprender por qué era importante tener fe.

Cuando Miguel llegó al bachillerato, había empezado a pensar seriamente que podría tener vocación de Hermano de La Salle. Su familia materna era especialmente devota y apoyaba la idea de que ingresara en una orden o congregación religiosa. El primo de Miguel, José Pal,

entraría en el noviciado al mismo tiempo que Miguel. Su padre tenía otra opinión. Esperaba que Miguel fuera a la universidad a estudiar ingeniería y se convirtiera en el cabeza de familia. Cuando su padre se dio cuenta de la seriedad con la que Miguel quería ingresar en los Hermanos, lo retiró del Sagrado Corazón y lo envió al instituto público de la ciudad. Miguel comprendía que su padre creía que su interés por ingresar en los Hermanos se debía a su visión demasiado protegida del mundo desde un colegio católico privado. Estaba convencido de que Miguel necesitaba conocer las realidades de la vida en Cuba. Miguel recuerda que su año en el liceo público fue difícil; pero, al fin y al cabo, importante. Tuvo contacto con un grupo de estudiantes social y racialmente diversos en comparación con los estudiantes del Colegio La Salle, que eran todos chicos de familias privilegiadas blancas. Al año siguiente, sus padres le enviaron de nuevo al Sagrado Corazón, preocupados por la inestable situación política que se había creado.

Cuando Miguel y sus hermanos llegaron a la adolescencia, los problemas políticos de Cuba se hicieron evidentes para ellos. Miguel recuerda que ni él ni su hermano menor, Freyde, tenían mucha conciencia política. Solo el mediano, Pedro, participaría activamente en los acontecimientos que se conocerían como la Revolución Cubana. Ya a finales de la década de 1950, la resistencia a la dictadura del presidente Fulgencio Batista se había convertido en una insurrección armada generalizada que era particularmente intensa en Oriente y que afectaba la vida cotidiana de los cubanos. Los rebeldes, liderados por Fidel Castro en el Movimiento 26 de Julio, estaban en las

montañas de Santiago de Cuba y se enfrentaban ocasionalmente al ejército. En las ciudades, grupos organizados de estudiantes universitarios y otros jóvenes, algunos de ellos asociados a la Acción Católica, ayudaban a abastecer a los rebeldes o participaban en sus propios actos de resistencia. A los padres de Miguel les preocupaba, como a muchas familias, que sus hijos corrieran peligro, ya fuera por participar o simplemente por estar en el lugar y en el momento equivocados.

El primo de Miguel, el Hermano José Pal, recordaba que era peligroso ser joven y estar fuera de casa durante aquellos años, ya que el riesgo de ser arrestado bajo sospecha de ser un rebelde era alto. Mientras que los *barbudos* castristas, que bajaron de las montañas hacia el final de la lucha, se convertirían más tarde en el rostro de la revolución, en las ciudades la violencia era frecuente. Un ejemplo que conmovió a los Hermanos de La Salle fue la detención y asesinato de Luis Morales Mustelier. Era el hermano menor de los Hermanos Osvaldo y Alfredo Morales Mustelier. Luis había sido presidente de la Federación de la Juventud Católica Cubana y era una figura muy conocida dentro de la Acción Católica Cubana. Tras el fracaso de una huelga general en protesta contra Batista en la primavera de 1958, Luis fue secuestrado, torturado y asesinado por las fuerzas de seguridad del Estado, que posteriormente arrojaron su cadáver junto a una carretera, para que lo recuperara su familia.

En vista de situaciones como ésta, los padres de Miguel decidieron que era demasiado arriesgado para él asistir a la Universidad en Santiago, como lo había planeado. En

su lugar, lo enviaron a Estados Unidos para que continuara sus estudios en el Georgia Technical College. Aunque influidos por sus temores sobre la volatilidad política de las universidades cubanas, sus padres también seguían una tendencia común entre las familias cubanas más acomodadas: asistir a una universidad estadounidense se consideraba prestigioso y un buen trampolín para una carrera profesional. La economía de Cuba estaba estrechamente vinculada a la de los Estados Unidos y la capacidad de hablar bien inglés y de comprender la cultura estadounidense eran ventajas significativas para los jóvenes cubanos. Al llegar a la universidad, Miguel formó parte de un grupo de cubanos, algunos de los cuales ya conocía desde Guantánamo.

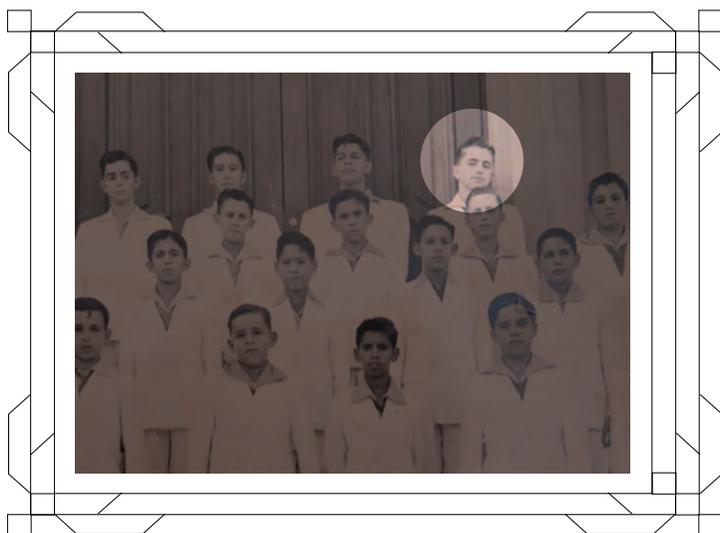
Fue un momento desorientador y crucial en la vida de Miguel. Rodeado de otros jóvenes cubanos, lejos de los problemas de Cuba, Miguel se metió en suficientes líos como para que le enviaran de vuelta a casa. Su vuelo fue a La Habana. El país estaba en estado de sitio, los rebeldes quemaban campos y comenzaban a presionar a las fuerzas de Batista. El Hermano Pablo Pizarro, que trabajaba como director vocacional, recogió a Miguel en el aeropuerto. Luego le llevó a visitar a una familia muy pobre. Después, mientras regresaban a la escuela donde Miguel se quedaría uno o dos días antes de viajar de vuelta a Oriente, el Hermano Pablo le preguntó directamente qué pensaba hacer con su vida. Miguel reconoció que se trataba de una pregunta existencial profunda. Aunque el Hermano Pablo no le pidió una respuesta inmediata, fue en última instancia lo que llevó a Miguel a decidirse a entrar en el noviciado.

Miguel, junto con su primo José Pal y otros cinco jóvenes, ingresó en el noviciado en julio de 1959. Para entonces, Fulgencio Batista había huido del país y un gobierno revolucionario provisional había tomado el poder el 1º de enero de 1959. Se proponían amplias reformas para transformar el país. El país seguía siendo en gran medida optimista sobre la dirección y el alcance del cambio.

Los jóvenes novicios se encontraban en Santa María del Rosario, un complejo relativamente nuevo que los Hermanos habían construido para servir como comunidad de retiro y noviciado. Una vez que entraron para iniciar sus estudios y su periodo de reflexión, estaban totalmente aislados de las noticias de lo que ocurría en el exterior. Ignoraban los cambios en la composición del gobierno y el creciente poder de Fidel Castro al frente del mismo. No sabían que las tensiones entre el gobierno revolucionario y la Iglesia iban en aumento. Tiempo después supieron que Santa María del Rosario había sido rodeada tres veces por grupos asociados al gobierno, como parte de una campaña de presión más amplia contra escuelas y organizaciones asociadas a la Iglesia. Solo supieron que había una crisis cuando sus Superiores les dijeron, a principios de enero de 1961, que tendrían que tomar una decisión: o abandonaban el noviciado y se quedaban en Cuba o continuaban su formación en Panamá.

Todos decidieron continuar. A Miguel y a su primo José les permitieron viajar a Oriente para ver a sus familias una noche antes de partir. Era la víspera del día de Reyes, una fiesta familiar tradicional. Cenaron con la familia de José, la madre de Miguel y sus hermanos. No asistió el

padre de Miguel, que tampoco había ido a su ceremonia de toma de hábito. Una vez que Miguel había tomado la decisión definitiva de ingresar en los Hermanos, su padre dejó de hablarle. Desde entonces no volvieron a verse ni a comunicarse directamente, hasta la muerte de su padre en 1968. Desde el punto de vista de su padre, había perdido un hijo.



2. ESTUDIANTE DE TEOLOGÍA (1959-1965)

*Fascinado por una Iglesia milenaria
capaz de reinventarse*

Cuando tomó el hábito Miguel recibió el nombre religioso de Hermano Miguel Arturo. Afrontó con serenidad su noviciado una vez que llegó a finales de enero de 1959 a La Carrasquilla, Panamá. Profesó sus primeros votos el 8 de septiembre de 1961.



A raíz de los acontecimientos de Cuba y del exilio de los Hermanos de la isla, los Superiores decidieron que, en última instancia, enviarían a Miguel al Distrito de las Antillas. Pero, primero fue enviado a Roma para continuar su escolasticado, esta vez como Hermano estudiante en

el Instituto Jesus Magister, cuya comunidad se encontraba en la Casa Generalicia de Roma.

Ya desde el año escolar 1957-1958, el Instituto Jesus Magister estaba funcionando como una alternativa de estudios teológicos para Hermanos dedicados a la enseñanza, bajo el patrocinio de la Universidad Lateranense. Este enorme esfuerzo de formación teológica, dirigida especialmente a Religiosos laicales, se había debido al impulso del entonces Hermano Superior Nicet Joseph, de los Estudios Lasalianos bajo la tutela del Hermano Maurice Auguste y del equipo intercongregacional que encabezaba el Hermano Michel Sauvage, quien a propósito también había sido el inspirador de las líneas maestras de la formación del Noviciado de Miguel en Panamá. La licenciatura en Ciencias Religiosas que el Instituto Jesus Magister ofrecía a los Hermanos era equivalente a una licenciatura en Teología, hecho que había sido discutido por las autoridades religiosas del momento, negadas a permitir a no clérigos el acceso al grado canónico de licenciatura en Teología. Estamos todavía en los tiempos previos al Concilio Vaticano II.

A los 23 años, Miguel comenzó sus estudios teológicos. Fascinado por los dos mil años de teología, se sentía desafiado intelectualmente. Como lo confesará más tarde, aún envuelto en un ambiente monástico, le impresionaba la alta calidad de los estudios en Sagradas Escrituras, Dogmática y Moral; así como también la vida comunitaria y la vivencia de la liturgia, los cantos y el Oficio divino.

Recordando su propio itinerario, Miguel destacó que lo que más le había impresionado de estos estudios había sido su creciente comprensión de cómo la Iglesia, a lo largo de los siglos, cada vez que entraba en un ciclo histórico diferente, tenía que reinventar su lenguaje, sus definiciones, su liturgia, su música, su arte, para poder seguir evangelizando. Para él no se trataba solo de aprender lo que definía cada época, sino también de comprender esos procesos de reinvención. Aquella experiencia lo marcó y moldeó su forma de ser testigo, junto a miles de personas, del discurso del Papa Juan XXIII en la Plaza de San Pedro, el 11 de octubre de 1962, tras la inauguración del Concilio Vaticano II

Me recuerdo estar presente en la Plaza de San Pedro el día en que todos aquellos obispos entraban en procesión en la Basílica; aquella tarde, Juan XXIII hablaba a millones de personas reunidas en la plaza, diciéndonos que nos amáramos los unos a los otros. El mensaje era tan sencillo y tan hermoso. Me sentí muy feliz. Sí, se sentía maravilloso ser católico, porque esto era parte de la gran historia de dos mil años y de millones de personas luchando por llevar el Evangelio al mundo moderno. Porque, en ese momento, la Iglesia estaba realmente muy atrasada, a finales de los años 50. Había cosas, como prácticas y tradiciones, que realmente no eran tan impactantes. El Vaticano II hizo el esfuerzo de traer la Iglesia al mundo moderno y decir: “Bueno, tenemos que hacer la Iglesia de una manera diferente”. ¡Eso fue emocionante!

Cuando murió el Papa Juan XXIII, el 3 de junio de 1963, Miguel recordaba que estaba presentando un examen de historia de la Iglesia. En ese momento, junto a un compañero de estudios llegó al Vaticano y, con mucha ingenuidad,

pudo entrar con el cuerpo diplomático acreditado a los aposentos papales y orar por el Papa fallecido.

Besé los pies de Juan XXIII; para mí era un hombre santo, a quien admiraba.

Finalizó su licenciatura en teología en junio de 1965 con una disertación titulada “El Misterio: Efesios 1,9b”. Había tenido la oportunidad de vivir de cerca el ambiente en torno a las sesiones del Concilio Vaticano II, que concluían en diciembre de ese mismo año.

Miguel, para ese momento, era un joven Hermano, bien preparado intelectualmente; con habilidad para hablar, leer y escribir en inglés, francés e italiano, además de su idioma nativo, el español. Había sido obligado por las circunstancias a convertirse en un expatriado y había hecho de la necesidad una oportunidad, convirtiéndose en un cosmopolita, un ciudadano del mundo. Fascinado por el conocimiento adquirido, regresó a su Distrito de las Antillas, para poner en práctica todo lo aprendido.

3. PRIMEROS AÑOS COMO HERMANO (1965-1970)

*De compromiso en compromiso,
en tiempos confusos*

El Hermano Miguel Arturo, al terminar su licenciatura en Teología en Roma en el verano de 1965, fue enviado a la comunidad del Colegio Dominicano de La Salle, en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, para enseñar Religión y Matemáticas a alumnos de catorce y quince años.



Llegó en un momento clave de la historia del país, marcado por una grave inestabilidad política. En respuesta a un intento de revolución que había tenido lugar en abril de 1965, la República Dominicana había sido ocupada, pri-

mero por el Ejército de Estados Unidos y, más tarde, por una Fuerza Interamericana de Paz enviada por la Organización de Estados Americanos (OEA), que mantendría su presencia en la isla hasta el 21 de septiembre de 1966. La población estaba dividida y el ambiente era el de una guerra civil. La escuela de los Hermanos en Santo Domingo se encontraba en la línea divisoria literal que habían establecido las fuerzas de mantenimiento de la paz para separar a los dos bandos. Mientras los Hermanos más jóvenes, que estaban completando su formación, habían sido enviados a una zona más segura del país, un pequeño grupo de Hermanos más veteranos se había quedado en el colegio y ayudaba a los refugiados del conflicto, independientemente del bando al que pertenecieran. Cuando Miguel llegó por primera vez, describió lo desorientador que era estar allí, después de su ordenada vida en Roma:

El mundo entero desapareció para mí. Llegué a un lugar donde no había reglas, ni votos, ni estructuras, ni escuela; era como una novela latinoamericana.... como Cien Años de Soledad.

Los Hermanos reabrieron su escuela para atender a los alumnos, incluso antes de que terminara el conflicto, porque se dieron cuenta del sufrimiento de los jóvenes. A finales de 1966 se celebraron elecciones, las tropas de mantenimiento de la paz se retiraron y el país se estabilizó, aunque las tensiones políticas persistían.

Miguel había estudiado ingeniería química antes de entrar en el Instituto y había estudiado teología en Roma. Le resultaba un tanto irónico venir a enseñar matemáticas. Su primera reacción fue considerar este destino como el mundo al revés. Sin embargo, lo dejó a un lado y

a los 27 años puso todos sus conocimientos al servicio de la enseñanza de sus alumnos.

A los tres meses de estar en la escuela, ocurrió un hecho que transformó a Miguel. Uno de sus alumnos, Cristóbal, murió atropellado por un conductor ebrio. Este suceso le conmocionó enormemente. Le hizo darse cuenta de que había cuestiones fundamentales de la vida y la muerte que afectaban a sus alumnos y que tenía que ir más allá de lo que ocurría en el aula.

Me volví más atento a sus necesidades, a sus problemas personales, de los que había sido completamente inconsciente, porque pensaba que tenía todas las respuestas.

Poco más de un año después de su llegada a Santo Domingo, Miguel hizo su profesión perpetua, el 31 de julio de 1966, en el centro de retiro de los Hermanos en Jarabacoa. Sus alumnos fueron invitados a la ceremonia. Había vivido su noviciado y su escolasticado, su formación inicial, como una experiencia positiva. Aun así, seguía luchando con la pregunta: ¿por qué su padre había permanecido tan negativo hacia su vocación?

Era una pregunta persistente. Quizá él sabía algo que yo ignoraba... Pero creo que ahora puedo decir honestamente que mi padre estaba equivocado. Tenía razón; estaba tomando la decisión correcta; pero tenía dudas. Y yo estaba al final de mis años de formación, enseñando; y había tantas tensiones en la Iglesia, especialmente a finales de los sesenta con el Vaticano II sobre ser religioso, sobre cómo ser Hermano. Las cosas cambiaban tan rápidamente que todo era confuso.

En ese momento, el 39.º Capítulo General estaba llegando a su fin en la Casa Generalicia. Los capitulares habían

tenido que dividir el Capítulo en dos partes. Solo a finales de junio de 1967 publicarían un documento que sería clave para la renovación del Instituto: la *Declaración del Hermano en el mundo de hoy*. Miguel, que había pasado temporadas en Roma y conocía a algunos de los principales redactores de este documento, como el Hermano Michel Sauvage, leyó con admiración la provocadora invitación del 39.º Capítulo General a renovar el Instituto.



Miguel tomó la iniciativa en este sentido. Durante el curso 1967-1968, creó el Departamento de Educación en la Fe del Colegio Dominicano de La Salle; trabajó en la renovación de la catequesis y colaboró con la pastoral juvenil de diecinueve colegios. También dirigió programas

de formación pedagógica y pastoral para profesores en la línea propuesta por el Concilio Vaticano II, promoviendo un *aggiornamento* del pensamiento y la acción eclesial.

Su padre murió en 1968. Miguel mantuvo el contacto con su familia, pero no pudo regresar a Cuba, como tantos que ya habían abandonado la isla. Aunque el gobierno de Fidel Castro permitía el regreso de algunos sacerdotes, para los Hermanos estaba prohibido; pesaba mucho el destacado papel que habían desempeñado en la promoción de la Acción Católica en Cuba. La educación estaba en manos del régimen. Pedro, el hermano de Miguel, había sido encarcelado como contrarrevolucionario.

Las tensiones y secuelas de la Revolución Cubana también tuvieron sus efectos en los Hermanos de la República Dominicana. Miguel no era el único Hermano cubano presente en la República Dominicana; la mayoría de los Hermanos de origen cubano que habían salido de Cuba habían sido llamados a servir allí. La presencia de los Hermanos cubanos había creado una tensión particular con los Hermanos nativos. Los cubanos habían vivido una revolución que les había ayudado a abrir los ojos a la realidad social de los pobres. En las escuelas que los Hermanos habían tenido en Cuba, niños ricos y pobres habían estudiado codo con codo; nunca habían revelado el origen económico de las familias. Sin embargo, la revolución había radicalizado el compromiso de muchos de ellos de servir directamente a los pobres en la educación. Esta situación generaría tensiones dentro de las comunidades, provocando la salida de muchos Hermanos jóvenes, e incluso puso a los Hermanos en dificultades po-

líticas con el gobierno de la República Dominicana; dos Hermanos fueron expulsados del país bajo sospecha de ser comunistas. Además, en el Colegio Dominicano había padres que se oponían a las reformas educativas que Miguel y otros habían introducido. Miguel había descrito las reformas como un énfasis de la libertad, la responsabilidad y la justicia como valores educativos; pero, esto suponía un cambio respecto a lo que había sido, en su opinión, una orientación más conservadora y no todo el mundo estaba de acuerdo con esta nueva dirección.

En este ambiente tenso, Miguel recuerda que dentro de las comunidades “todo se convertía en un problema”. Como había pasado un tiempo en Estados Unidos y hablaba bien inglés, algunos le acusaban de imperialista e, irónicamente, otros de ser izquierdista. Fue entonces cuando los superiores decidieron enviarle a Miami para trabajar con los Hermanos cubanos. Su habilidad para hablar inglés, su licenciatura en Teología en Roma, su trabajo pastoral y su experiencia internacional garantizaban su ministerio en los Estados Unidos.

Entre 1968 y 1970, el Hermano Miguel va a trabajar en la pastoral juvenil y universitaria de la archidiócesis de Miami. Su primer destino fue como animador pastoral de cinco comunidades de estudiantes universitarios en el Miami Dade Junior College y en la Universidad de Miami. Posteriormente, fue responsable del programa diocesano de formación de catequistas hispanos. Por último, colaboró en la creación de un Master en Estudios Religiosos en el Barry College para religiosos y religiosas. Una vez más, Miguel demostraba su capacidad de recuperación, creando nuevas oportunidades en su vida.

4. ESTUDIANTE E INVESTIGADOR EN ROMA (1970-1973)

Percibir las llamadas de Dios en el devenir de la historia y responder a sus invitaciones

Los primeros años del gobierno del Hermano Superior Charles Henry, que corresponden a los nuevos tiempos post-conciliares, habían estado marcados por una gran inquietud, no solo dentro de la Iglesia sino del mismo Instituto. Asimismo, las tensiones se multiplicaban en el mundo de la política, la economía, la cultura. El mundo estaba cambiando y el Instituto era parte indiscutible de ese proceso.



El 39.º Capítulo General (1966-1967) había marcado un parteaguas en la comprensión de la vocación del Hermano. Se vivían momentos intensos de confrontación de

modelos, de redefiniciones, de opciones a veces radicales, que no dejaban de causar angustia entre muchos Hermanos. Miguel lo había experimentado de primera mano en Santo Domingo y en Miami.

En ese contexto, y tras varios años de experiencia docente y pastoral, Miguel regresó a Roma a realizar estudios de doctorado en Teología en la Pontificia Universidad Lateranense, específicamente entre los años 1970 y 1973, alternando con algún servicio en la Casa Generalicia; primero, como Director de la comunidad del *Lasallianum* (1970-1971) y, luego, como parte del equipo del *Centro Internacional Lasaliano* – CIL (1971-1973).

Como Director del *Lasallianum*, durante un año escolar, Miguel se encargó de acompañar una comunidad internacional de Hermanos que estudiaban diferentes cursos en Universidades de Roma. Su facilidad para comunicarse en varios idiomas y su liderazgo generaba en dicha comunidad una confianza recíproca y positiva.

Tomábamos decisiones juntos; era una experiencia maravillosa.

Miguel inició sus estudios de doctorado en Teología en la Universidad Lateranense en septiembre de 1970. Llegó con el deseo de hacer investigación, bajo la dirección de un mentor. Su primera idea había sido la de estudiar la experiencia del Cardenal John Henry Newman y el siglo XIX; quizás le llamaba la atención su personalidad, su espíritu abierto, crítico, reflexivo y adaptado a las necesidades de un siglo muy complejo. No obstante, cuando llegó el momento de la decisión del tema, se preguntaba: “¿Por qué no haces eso con La Salle?”.

Así que me decidí a hacer un estudio científico de La Salle y dejé de lado la idea inicial. Fueron tres años maravillosos de investigación y de escritura.

El Hermano Michel Sauvage fue su mentor y tuvo un impacto positivo en el proyecto. Michel y Miguel sentían una gran admiración mutua. Cada uno aportaba al otro una excelente complementariedad: la profunda cultura tomista de Michel se enriquecía ampliamente con el sentido agudo de la evolución de las circunstancias sociales de Miguel. Ambos fueron capaces de elaborar una teología original. La tesis que desarrolló Miguel, bajo la dirección de Michel, es una pieza testigo de esa experiencia.

A través de *El Itinerario Evangélico de San Juan Bautista de La Salle y el Recurso a la Escritura en las Meditaciones para el Tiempo de Retiro*, Miguel trabajó los textos autobiográficos del Fundador, elaborando una nueva comprensión de su itinerario y de su escucha de la Sagrada Escritura en su vida. La manera como abordó esa experiencia creó un nuevo estilo, un nuevo lenguaje, una nueva narrativa de comprensión del Fundador, que fue recibido con entusiasmo por los Hermanos. Miguel supo releer y enriquecer la primera experiencia de su mentor, el Hermano Michel Sauvage, cuando en los años de 1956-1957 había descubierto el texto de las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*. Este texto había causado en Michel “una conmoción, una especie de golpe, un impacto” que le hizo darse cuenta de su centralidad en la comprensión de la espiritualidad lasaliana.

La tesis de Miguel ayudó, sin duda, a subrayar la experiencia del itinerario humano y espiritual del Fundador.

Para el Hermano Robert Comte, ese aspecto es la contribución más original de Miguel en relación a la de Michel, lo que ha marcado fuertemente su pensamiento: su atención al devenir espiritual de las personas, lo que demuestra su interés por autores de la línea de Jung y Erikson. Miguel, comprendiendo los pasos de Juan Bautista de La Salle, va a impulsar una espiritualidad que invita a las personas a asumir su propio itinerario. En la Introducción de la segunda parte de su tesis, Miguel se expresa en estos términos:

En realidad, esos cuatro momentos históricos y el significado que él [La Salle], personalmente les atribuía, nos han descubierto a nosotros cómo un hombre, absolutamente comprometido con el mundo en que vivió, percibía las llamadas de Dios en las relaciones que mantenía con los maestros, las autoridades civiles y eclesiásticas y, sobre todo, en las necesidades de los artesanos y de los pobres. Así, de compromiso en compromiso, se fue adhiriendo irrevocablemente a una obra que él acabó por descubrir como obra de Dios en el mundo. Dirigido por la fe, en la trama de su existencia terrenal y, particularmente, en las relaciones interpersonales, fue descubriendo las llamadas del Evangelio. Asume la misión que le encomienda el Hijo del hombre mediante su personal asociación con los maestros para establecer las Escuelas cristianas, en las que se anuncia gratuitamente el Evangelio para los pobres. En esa comunión forma y educa a otros y se educa a sí mismo para que, juntos, den una respuesta radical: renunciar a todo y encarnarse en la situación de maestros pobres, necesitados de todo, para consolidar una obra que adopte evangélicamente el mundo, hasta perderlo todo y abrazarse con el eclipse total de sí, en bien de la obra de Dios.

Como el programa de doctorado estaba más enfocado a la investigación, Miguel tenía necesidad de desplazarse para hacer consultas en archivos y bibliotecas entre Ita-

lia y Francia. Por eso, quizás, se vio forzado a dejar la dirección de la comunidad del *Lasallianum* y permanecer como integrante de la comunidad de la Casa Generalizia entre los años 1971 y 1973, lo que le dio más libertad de movimiento.

No obstante, siguió colaborando con el Centro Internacional Lasaliano (CIL) y formó parte del equipo de animación de la cuarta sesión, celebrada en Roma del 8 de enero al 26 de abril de 1972. Esta nueva experiencia de formación permanente en el Instituto había sido creada no solo como alternativa al Segundo Noviciado, sino también como respuesta a la voluntad del Instituto de responder a los retos de renovación propuestos por el 39.º Capítulo General.

Desgraciadamente, la experiencia de las tres primeras sesiones del CIL había sido casi “un fracaso” para el Centro del Instituto. Aunque el Consejo General había seleccionado a Hermanos de gran calidad y competencia profesional para coordinar las sesiones del CIL, las primeras experiencias estuvieron llenas de contratiempos. El Hermano Michel Sauvage, por entonces Asistente para la Formación, había sido partidario de que el CIL encontrara “su propio camino”. Esto solo se produjo después de haber llegado casi a un callejón sin salida.

La renovación del equipo de animación del CIL y la reformulación de los programas y contenidos le dieron un nuevo impulso. El Hermano Telmo Meirone, del Distrito de Argentina-Paraguay, había sido enviado a la 4.ª sesión del CIL a pesar de que “no tenía buena prensa”:

Ilusiones sobraban en nuestro entusiasmo de Hermanos que estábamos comenzando la segunda etapa de la juventud, con las velas henchidas por los vientos del Capítulo de 1966... nos encontramos con un grupo internacional, con los ánimos encendidos para la renovación de la misión educativa. Y allí nos encontramos contigo, Miguel. Y con Michel Sauvage y todo el fantástico equipo estable y los expositores invitados. Ustedes avivaron más aún las llamas de nuestra hoguera con el fuego nuevo que nos traía el Concilio Vaticano y el Capítulo General de 1966.

La tesis doctoral de Miguel recibió finalmente la máxima calificación – *summa cum laude* – y recibió en mérito de ser publicada en la colección *Cahiers lasalliens*, en dos volúmenes, números 45 y 46. Pronto se convertiría en una obra clásica de los estudios lasalianos y, prácticamente, una lectura obligatoria para comprender la vida y la espiritualidad del Santo Fundador. Esta reflexión abrió nuevos caminos para la mirada del ministerio del educador cristiano.

Miguel, al final del verano de 1973, se preparaba para regresar a Miami. Habían sido años ricos de investigación, de producción, de consolidación de una vocación comprometida en la promoción del pensamiento lasaliano. Había recibido el reconocimiento por su aporte científicamente riguroso, sin dejar de lado su espíritu alegre y su buen humor. Había sido un buen Hermano con quien compartir sueños, temores y desafíos en un mundo necesitado de inspiración. Todavía tenía muchos retos por delante a sus treinta y cinco años.

5. EDUCADOR Y PASTORALISTA EN ESTADOS UNIDOS (1973–1986)

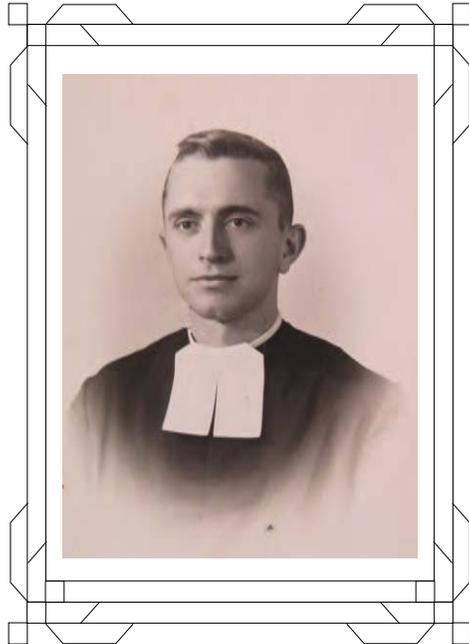
Caminando junto a otros, en un intenso cambio de época

Así como Juan Bautista de La Salle permaneció atento durante su itinerario a las invitaciones del Espíritu, Miguel también se dejaba interpelar por el mismo Espíritu en su camino ministerial. Respondía con generosidad a las sucesivas llamadas de Dios, sin menospreciar su herencia latina y cubana. Esto se hizo más evidente en esta nueva etapa de su vida. Su contribución fue ampliamente reconocida en los diversos organismos eclesiales.

Su legado teológico y pastoral como catequista, escritor, líder en formación y conferencista se desarrolló en diversos ministerios dentro y fuera del Instituto. A su regreso desde Roma a los Estados Unidos, durante el año escolar 1973-1974 fue Director de Educación Religiosa de la Archidiócesis de Miami. Posteriormente, durante el año escolar 1974-1975 trabajó en el Christian Brothers Spiritual Center en Adamstown, Maryland y desde 1975 hasta 1977 en La Salle College en Filadelfia. Como miembro del personal del Christian Brothers Spiritual Center en Adamstown, dirigió retiros para jóvenes de escuelas secundarias católicas de las áreas de Baltimore, Pittsburgh, Filadelfia y Washington. Era un trabajo agotador, con grupos de jóvenes que se turnaban permanentemente.

A veces paso un semestre entero con estudiantes que desaparecen y, en tres días, ¡aquí estás conectado para siempre! Respeto mucho ese ministerio de las casas de retiro.

De septiembre a diciembre de 1977 se tomó un tiempo libre para participar en un programa de renovación espiritual en Sangre de Cristo Retreat Center, en Santa Fe, Nuevo México; luego, en el resto del año escolar 1977-1978 permaneció en la comunidad del Hudson Catholic High School en Jersey City. De 1978 a 1981 fue Director de la Oficina de Pastoral Latina de la Archidiócesis de Miami y, entre 1981 y 1986, Director de la Oficina de Educación Religiosa de la Archidiócesis de Newark. En una entrevista al final de su vida, Miguel confesaría que esos años para él habían sido extraordinarios.



En medio de esa desbordante y variada actividad, Miguel también recibía invitaciones desde las diversas regiones del Instituto para colaborar en la formación de Hermanos y Lasalianos. Su participación en las sesiones del CIL de Roma, desde 1975 hasta 1985, hicieron de él un referente del pensamiento lasaliano a nivel mundial; más aún, con la publicación de una *Introducción* que acompañaba la edición de las *Meditaciones para el Tiempo de Retiro*, preparada para los Hermanos delegados del 40.º Capítulo General de 1976 en Roma. Además, en el mismo año de 1976, junto con el Hermano Michel Sauvage, publicó *Anunciar el Evangelio a los pobres. Experiencia y enseñanza espirituales de Juan Bautista de La Salle*. Será otra obra de referencia, más compleja, que exigirá una lectura más atenta por parte de Hermanos que apenas estaban descubriendo las riquezas del tiempo fundacional del Instituto.

Tras un período de búsqueda y discernimiento, Miguel había solicitado su admisión al Distrito de Baltimore de los Estados Unidos el 29 de septiembre de 1974. Poco después, el 23 de noviembre de ese mismo año, había recibido una carta del Hermano Colman Coogan, entonces Visitador, informándole de la “unánime y entusiasta” aceptación por parte del Consejo de Distrito. Eran tiempos de cambio, de revolución cultural, que no lo habían dejado indiferente. Se había interesado en una experiencia radical de servicio a los pobres en el Harlem hispano; lo estimulaba el testimonio del Padre Félix Varela y Morales, un filósofo cubano que había trabajado en la Archidiócesis de New York a favor de los prófugos irlandeses entre 1837 y 1848. Pero, siempre atento a los signos que Dios le enviaba, quedó plenamente convencido de su ministerio

desde el Instituto cuando comenzó a trabajar en La Salle College de Philadelphia; allí, se identificó con el esfuerzo de tantos jóvenes que estudiaban para superarse.

Me enamoré del lugar y de Filadelfia. Se convirtió en mi hogar.

Posteriormente, como profesor de Teología en La Salle College de Filadelfia, durante los años 1975 a 1977, Miguel incursionó en un enfoque autobiográfico de la experiencia religiosa, leyendo con sus estudiantes una serie de biografías de personas que se habían implicado en la sociedad, en la política, en la cultura de su época respectiva, desde su opción de fe. Lo sorprendió la aceptación que tuvo la lectura del libro de Dag Hammarskjold, titulado *Marcas en el camino*, como un testimonio de fe adulta en el mundo contemporáneo. Un ejemplo similar fue la positiva respuesta a la biografía de Dorothy Day, como figura femenina que defendió causas radicales a mediados del siglo XX. Este esfuerzo intelectual alimentaba en Miguel la búsqueda por nuevos enfoques, quizás más sociológicos, para la comprensión de la fe.

Primero como Director de la Oficina de Educación Religiosa de Adultos de la Archidiócesis de Miami (1978-1981), contribuyó en particular a la creación del programa de formación del ministerio laico, promoviendo la catequesis en apoyo de las agencias diocesanas de las archidiócesis de Newark (1981-1986) y Filadelfia (1991-1992). Una de las convicciones profundas de Miguel en aquella época era comprender las agendas de los adultos en las experiencias educativas. Se había sentido profundamente impactado al convertirse en compañero de estudio y formarse con sus alumnos adultos, en una relación bidi-

reccional donde construían el conocimiento juntos, dando nuevos significados a sus itinerarios de vida.

Con motivo de las celebraciones del Tricentenario del Instituto en 1980, Miguel pronunció una conferencia magistral en el Manhattan College, titulada *El carisma de San Juan Bautista de La Salle: Una memoria y una visión vivas que afectan a nuestro presente*. En ella afirmaba la importancia de la comunidad, como espacio de memoria y esperanza. Creía que el futuro del Instituto “se construye a la luz y a la sombra de nuestro pasado, de nuestra historia”. Trayendo a la memoria la experiencia de La Salle en la fundación del Instituto y su confianza en la Divina Providencia, Miguel esperaba que tuviéramos la misma fe en que el Espíritu estaba activo en los acontecimientos del Instituto hoy.

Con esta rica experiencia, Miguel va a trabajar a la Archidiócesis de Newark, entre los años 1981 a 1986, como Director del Centro de Desarrollo Ministerial para Laicos. Este espacio de educación para adultos le permite interactuar con sacerdotes, religiosos y laicos, en una experiencia muy enriquecedora de comunión. Publicó, con apoyo de su equipo, nueve cursos del programa de formación, en inglés y en español. También, esta experiencia lo lleva a asumir riesgos en una de las zonas más conflictivas de los Estados Unidos (Newark, New Jersey); más tarde dirá que, sin el enfoque lasaliano, no se hubiera atrevido a tanto. Juan Bautista de La Salle, siglos atrás, había tenido la fuerza de salir de su mundo, de su cultura, de su sociedad de privilegios, para abrazar algo tan diferente. Miguel se había inspirado en su audacia para enfrentar este nuevo ministerio. De hecho, en su pasión por el carisma lasalia-

no, Miguel contribuyó con los Hermanos Joseph Schmidt, William Mann y Frederick Mueller a la fundación en 1984-1985 del Instituto Buttimer de Estudios Lasalianos en la entonces Región de Estados Unidos-Toronto.

Miguel tenía una personalidad cautivadora, que invitaba y animaba a los demás a desarrollar sus propios talentos y habilidades. Hablaba a cada uno como un compañero; partía de las propias experiencias de la gente, las honraba y les invitaba a hacer nuevas integraciones en sus propios itinerarios. Estaba profundamente arraigado en los movimientos de nuestro tiempo. Decía que era “un tiempo de anuncio y de decisión”. El tema de la transición – personal, comunitaria o institucional – era importante de su reflexión.



También experimentó una importante transición en su vida personal. En 1980-1981, gracias a una relación más abierta entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos, Miguel pudo viajar a Cuba dos veces para visitar a su familia. Fue como ciudadano particular, no como Hermano; a los Hermanos y a la mayoría de las organizaciones religiosas se les seguía permitiendo un acceso muy limitado a la isla, aunque en los años setenta se había iniciado un diálogo entre la Iglesia católica y Cuba. Miguel pudo visitar a su madre y a sus hermanos, y ayudó a su hermano Pedro a salir de Cuba. A Miguel le inquietaba la profunda división entre los cubanos de la isla y los de la diáspora cuando podían visitarse. Estas visitas cimentaron su deseo de regresar a Cuba para vivir, no como visitante, sino como un cubano más.

6. NUEVO IMPULSO A LOS ESTUDIOS LASALIANOS (1986-1991)

Acompañando a los Hermanos desde sus propias historias

Una vez finalizada su responsabilidad como Director de la Oficina de Educación Religiosa de la Archidiócesis de Newark, Miguel volvió a Europa para asumir la dirección de los *Estudios Lasalianos* por tres años. Luego siguió colaborando con la investigación lasaliana hasta 1991. Vivió entre París y Roma, siempre dispuesto a dar conferencias y a impartir retiros en todas las Regiones del Instituto. De manera especial, colaboró en la creación de la *Sesión Internacional de Estudios Lasalianos* (SIEL), experiencia muy rica de formación de investigadores lasalianos en la Casa Generalicia y participó en la sesión de 1990-1991.

Al asumir la responsabilidad de los *Estudios Lasalianos* entre 1986 y 1989, tuvo la oportunidad de integrar los productos de la investigación lasaliana desde otras culturas. Esta capacidad de poner en diálogo el pensamiento lasaliano con la diversidad del Instituto le ayudó sin duda a abrir perspectivas y a enriquecer el enfoque sociológico que ya había desarrollado en sus experiencias pasadas.

Aunque la investigación lasaliana había nacido desde un enfoque europeo, el haber confrontado este contenido con Hermanos y Lasalianos de Francia, España, Italia, Irlanda, Gran Bretaña, Bélgica, Holanda, Austria y Suiza le permitió comprender las diferentes sensibilidades frente a los

nuevos temas que estaban surgiendo en el Instituto. Esto era aún más desafiante en el trabajo con los lasalianos de otras Regiones fuera de Europa; participó en programas de formación regionales, como el *Centro de Renovación de la Espiritualidad Lasaliana* (CREL) promovido por la Región Latinoamericana Lasallista (RELAL); también en diferentes casas de formación inicial de la RELAL y de la Región Asia – Pacífico (PARC) y el mismo programa de la SIEL en Roma con Hermanos de todo el mundo.

Junto con Michel Sauvage va a publicar en 1989, en la colección *Cahiers lasalliens*, la *Explicación del método de oración. Presentación del texto de 1739*, como un modesto “instrumento de trabajo”. El Hermano Alain Houry, para entonces Director de la comunidad de los Hermanos de la Rue de Sèvres en París, recuerda cómo Miguel y Michel habían trabajado con precisión científica los 21 actos de la oración interior, completando y ajustando cada texto, incluso haciendo sugerencias y comentarios. El trabajo parecía infinito, enfocados en respetar escrupulosamente las observaciones de cada uno, hasta que llegó el momento de decidir sobre el texto final para proceder a la publicación. Este testimonio nos recuerda el estilo de trabajo preciso y cuidadoso que Miguel había desarrollado a lo largo de su experiencia como investigador lasaliano: surgía con más fuerza la figura de un hombre inspirado por la verdad, con un intelecto alimentado por una formación universitaria rigurosa y un gran compromiso por comprender el aporte de Juan Bautista de La Salle en la Iglesia, desde su contexto particular.

Su excelente conocimiento del francés fue determinante como indicador del rigor científico de su trabajo. El Hermano Jacques D’Huitemau, quien lo conoció durante su período de Consejero General en Roma, insistirá en este punto como crucial para mantener la seriedad de los *Estudios Lasalianos* en el futuro. El trabajo de Miguel contaba con todas las garantías de exactitud y veracidad científica, que daban todo su valor a la reflexión lasaliana contemporánea.

Aparte de su contribución académica, es imposible pasar por alto la personalidad de Miguel. Siempre accesible y fraterno en sus relaciones, era capaz de acoger con respeto las observaciones de los demás. Intentaba que sus interlocutores se sintieran valorados. Con todo, no se reconocía como experto espiritual; entendía, más bien, que la vocación de los Hermanos estaba orientada en otra dirección. Se trataba de un acompañamiento fraterno, más en consonancia con la dinámica educativa.



Dos décadas después, cuando Miguel comparta su experiencia profunda de amistad con Michel, nos revelará un acontecimiento que ambos vivieron seguramente al final de este período: ambos habían decidido sellar una alianza entre ellos, algunos días antes de despedirse de Roma. Miguel lo relata de esta manera:

Celebramos un ritual privado para tomar conciencia de que habíamos sido llamados juntos a acompañar a nuestros Hermanos en sus propios itinerarios. Con un acto secreto, sin ninguna implicación canónica o de Instituto, evocamos a nuestra manera el “voto secreto” de La Salle y de sus dos asociados, Nicolás Vuyart y Gabriel Drolin. Lo que hacíamos no era una imitación exterior o sentimental, sino un acto nacido de nuestra convicción de que el carisma conferido en el siglo XVII conduce hoy a los Hermanos hacia una nueva dirección, a través de las tormentas y las resistencias.

Terminada esta experiencia, Miguel emprendía su regreso a los Estados Unidos.

7. DE REGRESO A FILADELFIA (1991-1998)

Consciente de vivir una época de transición

Miguel volvió a Filadelfia por siete años. Había sido el lugar de su conversión definitiva a inicios de los setenta; siguió encontrando en cada experiencia un motivo para alimentar su vocación, siempre desafiada desde el contexto educativo y cultural de los jóvenes y adultos. Su actividad fue desbordante, comprometida, con su sello particular.



Durante el año escolar 1991-1992 fue Director de la Oficina Hispana de la Archidiócesis de Filadelfia, en el Secretariado para la Evangelización. Después, en los siguientes seis años, entre 1992 y 1998, trabajó en la Universidad La

Salle de Filadelfia como Director de la Oficina de Asuntos Multiculturales e Internacionales, siendo pionero en muchas de las funciones que, más tarde, se incluirán en las atribuciones de un Vicepresidente para las Misiones. Desarrolló en ese tiempo varios programas destinados a la formación de agentes de pastoral latinos, que tuvieron una amplia repercusión, especialmente el *Bilingual Undergraduate Studies for Collegiate Advancement* (BUSCA).

En esos siete años continuó siendo invitado por los Hermanos de todas las Regiones del Instituto para participar en diversos programas de formación lasaliana. La lista es inmensa: Argentina, México, Chile, Panamá, Costa Rica y Honduras, en la Región Latinoamericana Lasallista (RELAL); Filipinas, Australia, Papúa Nueva Guinea, Singapur, Malasia y Pakistán, de la Región de Asia -Pacífico (PARC); Etiopía, Madagascar, Ruanda, Congo Kinshasa, Burkina Faso, Kenia, Camerún y Costa de Marfil en la Región Lasaliana de África-Madagascar (RELAF).

En la Región Lasaliana de América del Norte (RELAN), tuvo innumerables participaciones en seminarios, retiros y asambleas de Hermanos y Lasalianos en New York, Baltimore, Winona, San Francisco, San Luis y Covington, Luisiana. De manera muy especial, su aporte significativo en el Instituto Buttimer, trabajando junto al Hermano William Mann en el tema de la espiritualidad lasaliana. También, su participación en 1996-1997 en la fundación del *Instituto de Liderazgo Lasaliano*, trabajando estrechamente con Gery Short y los Hermanos Frederick Mueller y Robert Schieler.

Miguel estaba convencido en ese tiempo de que la comprensión del ministerio y de la vida religiosa en la Iglesia había experimentado un cambio monumental en el período posterior al Concilio Vaticano II. Ese cambio era solo el prólogo de una verdadera transformación que tendría lugar en la vivencia del ministerio educativo del Instituto ya desde los albores del próximo milenio. Así lo declaraba en 1995, en la celebración del sesquicentenario del Distrito de Baltimore.

Su convicción de vivir un período de transición, un tiempo intermedio, lo llevó a generar un estilo que invitaba a las personas a la reflexión y a impactar las estructuras de animación de la formación y del ministerio educativo. Con su reflexión y su práctica dio un mensaje coherente de lo que significaba para el Instituto reencontrarse con la experiencia primigenia de la asociación lasaliana, partiendo de la intuición de la misión compartida. Charles Gaus, asociado del Instituto, testigo de esa época, lo recuerda de esta manera:

El Hermano Miguel lo describía como un tiempo de cambio en el que una realidad se estaba deshaciendo, pero una nueva realidad aún no había surgido. Lo veía como un tiempo para el discernimiento lasaliano, es decir, el discernimiento en el contexto de la comunidad. En este tiempo intermedio, previó, animó y actuó para apoyar el movimiento lasaliano de Hermanos y Colaboradores, avanzando en la misión compartida, y empujó activamente las viejas estructuras y pensamientos para formar nuevos modelos y nuevos pensamientos para animar la misión.

Miguel era representante de una élite intelectual. Gery Short, antiguo Director de Educación del Distrito de San Francisco – New Orleans, lo recuerda en estos términos:

Lo que distinguía a Miguel era su profundo conocimiento de la espiritualidad francesa de los siglos XVII y XVIII y el modo en que ésta se manifestaba en la vida de La Salle y de los primeros Hermanos. Su trabajo con Michel Sauvage es legendario y ciertamente influyó en su trabajo actual y en sus escritos. Junto con el Instituto Buttmer, observé a Miguel exponer varias veces en reuniones distritales, nacionales e internacionales. También tuve muchas oportunidades de sentarme con él y aprender a nivel personal. Miguel era un buen presentador, pero su mayor don era como escritor, basado en su aplicación y comprensión de la espiritualidad francesa y su influencia en La Salle y los Hermanos hacia una proyección de las necesidades presentes y futuras de los Hermanos, del Instituto, de la misión lasaliana. Promovió, prácticamente insistió, en un retorno al espíritu inicial del Instituto que inspiró a La Salle y a los primeros Hermanos a atender las necesidades de los jóvenes, a fundar escuelas y a formar una comunidad. Fue el espíritu y el compromiso de La Salle, mejor expresado en las *Meditaciones*, lo que impulsó el pensamiento de Miguel hacia dónde tenemos que invertir: en el compromiso y el espíritu en la vida de La Salle, en contraposición a salvaguardar las estructuras que han sido creadas por el Instituto a lo largo de los años. Nos llamó a invertir, a descubrir este espíritu de La Salle mientras consideramos el futuro de la misión lasaliana, a los Hermanos, a la misión compartida.

8. POR FIN, DE REGRESO A CUBA (1998–2000)

Caminando con esperanza para abrir nuevos caminos de Iglesia



El regreso de los Hermanos a Cuba en 1987 había sembrado en el Hermano Miguel grandes esperanzas y expectativas ante la posibilidad de colaborar en la misión lasaliana en su país de nacimiento. Su sueño se hizo realidad cuando fue enviado a Santiago de Cuba en 1998, donde ejerció como Coordinador de Pastoral y Director de Pastoral Juvenil en la Diócesis de Santiago de Cuba. De manera notable, coordinó la asamblea diocesana de 1999, entre otras muchas aportaciones que le llevaron a asesorar la planificación pastoral y las asambleas de otras diócesis y de la propia Conferencia Episcopal Cu-

bana, permaneciendo siempre cerca de los jóvenes y del Pueblo de Dios, acompañando las multitudinarias peregrinaciones al Santuario Nacional de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba.

También fue testigo y protagonista de la visita de Juan Pablo II a Cuba, del 25 al 28 de enero de 1998, en su calidad de responsable de la Pastoral Juvenil a nivel nacional. Fue un momento sin precedentes para la Iglesia, pues era el primer Pontífice en realizar un viaje apostólico a la isla, además de su profundo significado pastoral en medio de la revolución cubana, que ya había cumplido cuatro décadas.

Miguel nunca se había separado afectivamente ni de Cuba y ni de su familia. Mantenía su sueño de volver a su país de origen; incluso, había inscrito su nombre en una lista de espera. No entendía cómo algunos no querían volver. Era consciente de que él no había experimentado en carne propia la persecución del régimen castrista, de la manera violenta como muchos, incluso sus seres queridos. Eso le daba una cierta libertad para acercarse a la realidad de la Cuba socialista.

Después de la muerte de su padre, Miguel Campos, su madre, Angela Mariño de Campos, había permanecido en la isla, haciendo un esfuerzo enorme en llevar su vida cotidiana desde los condicionamientos del sistema revolucionario. Ella quería que todos los miembros de su familia abandonaran el país; incluso había afirmado que ella no moriría hasta que eso ocurriera. En efecto, su hermano Pedro, que había estado muchos años en la cárcel, acusado de contrarrevolucionario, pudo salir de la

cárcel a mediados de los 80, y finalmente llegó a Miami con alguna ayuda de Miguel. Su hermano menor Freyde, que se había graduado de médico, también logró salir del país y reunirse con su hermano Pedro en Miami. El deseo materno, de verlos a todos fuera, se había hecho realidad. Y la señora Angela moría en paz, incluso en Miami, rodeada del cariño de sus hijos.



Miguel también llegó a Santiago de Cuba para desempeñarse con Director de la comunidad de los Hermanos. Allí le esperaba el Hermano Osvaldo Morales, quien lo había acompañado en 1959 de la ciudad de Santiago de Cuba a La Habana para ingresar al Noviciado. Ahora el

círculo se cerraba: venía el mismo Miguel a acompañar a Osvaldo en esta nueva aventura ministerial, casi cuarenta años después. A su llegada fue recibido por entonces Arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Pedro Meurice, un hombre de visión extraordinaria que había sido capaz de entender la revolución y guiar a la Iglesia en medio de un régimen caracterizado por el control absoluto de la población.

Un testigo de primera mano, Antonio López de Queralta, exalumno cubano, nos comparte una apreciación de la llegada y del impacto de Miguel en Cuba:

Al Hermano Miguel no le fue fácil aterrizar en la situación de Cuba, ya que venía de una realidad muy distinta; sobre todo, sufrió mucho con la alimentación, que en aquella época era muy deficiente; claro, nunca tanto como ahora. Pero sí, con la gracia de Dios y con mucha fuerza de voluntad, se adaptó a su nuevo destino. Su paso por el seminario de San Basilio Magno, como profesor, dejó huellas y marcó a los seminaristas, no solo por su conocimiento sino también por su devoción, pues al llegar siempre iba a la capilla a visitar al Santísimo Sacramento y antes de irse hacía lo mismo. Iba al seminario caminando, que desde la casa de los Hermanos quedaba bastante lejos. De inmediato se rodeó de muchas amistades de antiguos alumnos, antiguos miembros del Signum Fidei, cooperadores lasallistas, vecinos de la casa de los Hermanos, del clero y, sobre todo, del señor Arzobispo. Con la comunidad de los Hermanos, cuyos miembros eran de diferentes nacionalidades, supo congeniar. Creo que sufrió mucho y, también, aguantó mucho la situación económica, política, social y, especialmente, religiosa que padecía Cuba. Como Director de la comunidad, siempre en coordinación y con la anuencia del querido Monseñor Meurice, era muy dinámico, trabajador, innovador; pero, sobre todo, muy lasallista. Sus conferencias y retiros espirituales marcaron la obra y dejaron un recuerdo indeleble en los grupos eclesiales y lasallistas.

Miguel estaba especialmente orgulloso de que, esta vez, cuando regresó a Cuba, lo hizo como cubano y con un documento nacional de identidad. Aunque no fue fácil, se esforzó por vivir como sus compatriotas cubanos. Al recordar su experiencia en Cuba, Miguel afirmaba que, efectivamente, volvía enamorado de Cuba, de su tierra y de su gente. Pero ya no para revivir su experiencia de niño burbuja sino para comprender la profunda evolución cultural que su país había experimentado, sintonizar con la enorme esperanza que era capaz de percibir en la gente y promover nuevas maneras de ser Iglesia en un contexto desafiante.

Fueron tres años maravillosos en Cuba y, en lo que a mí respecta, podría haberme quedado allí para siempre.

Pero el sueño de Miguel llegó a su fin cuando los Hermanos, reunidos en el 43.º Capítulo General en Roma, en junio del año 2000, lo eligieron como Consejero General del Instituto para el período 2000–2007. Para él fue un duro golpe, porque quería permanecer en Cuba.

Me había sentido muy eficiente trabajando con los jóvenes de las diócesis cubanas. Así que, acabé pensando: ¿qué voy a hacer? Cualquiera puede hacer el trabajo desde Roma, pero no todos quieren quedarse en Cuba.

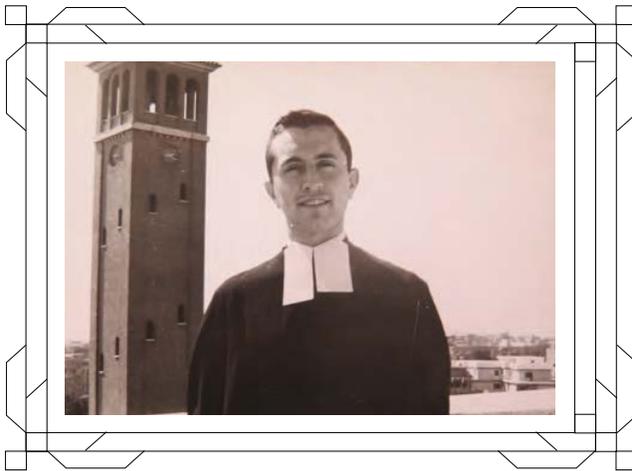
¿Por qué elegir a alguien que ya estaba bien situado y estaba haciendo lo que tenía que hacer...? Ya no quedaban muchos Hermanos cubanos. Los que aún viven no pueden volver, sea por circunstancias de trabajo, por presión, por estrés; pero, yo estaba dispuesto y era, en efecto, uno de los únicos contentos de ir allá. Había aceptado el reto. ¿Por qué me eligieron a mí?

Miguel nunca volverá a Cuba, aunque a menudo hablaba de su deseo de hacerlo.

9. CONSEJERO GENERAL DEL INSTITUTO (2000–2007)

En fidelidad al movimiento del Espíritu, con el corazón encendido

Miguel fue elegido como Consejero General en el 43.º Capítulo General, para acompañar al nuevo Hermano Superior Álvaro Rodríguez Echeverría y a su Consejo, en el período del 2000 al 2007. Como siempre, puso en juego su capacidad resiliente, asumiendo con toda la originalidad de su persona esta nueva responsabilidad en el Instituto. Su itinerario, rico en experiencias, le había preparado para ayudar al Hermano Superior en el gobierno y la animación del Instituto (R. 128).



Como Consejero General, asistía a las reuniones administrativas del Superior General y su Consejo. De ma-

nera particular, acompañaba al Hermano Superior en su visita pastoral a América Latina. Tuvo una actividad desbordante dirigiendo retiros y talleres, participando en asambleas, encuentros regionales y conferencias de Hermanos Visitadores. Para responder a su misión, mantuvo un contacto permanente con el Secretario Ejecutivo de la Región, para coordinar la marcha del *Proyecto Educativo Regional Latinoamericano* (PERLA), los retiros para Hermanos, los programas de formación de directores y las experiencias de formación continua de Hermanos y Asociados. Ayudó al Hermano Vicario General William Mann en su función de acompañamiento de la Región USA-Toronto. Además, trabajó directamente con la Comisión Internacional de Asociados y Familia Lasaliana y la Comisión de la Misión Educativa Lasaliana.

El Hermano Álvaro Rodríguez recuerda el impacto positivo de la presencia de Miguel desde los inicios de su experiencia en Roma:

Cuando en el 43.º Capítulo General del año 2000 decía a los Hermanos capitulares, en mis primeras palabras como Superior, *que ser Hermanos es nuestro secreto, nuestra fuerza, nuestra mayor riqueza*, no contaba con experimentarlo de una manera profunda y concreta con la presencia cercana y fraterna del Hermano Miguel Campos, como parte del equipo que me iba a acompañar durante siete años. Anteriormente, ya había tenido oportunidad de conocerlo y admirarlo en algunos encuentros para formadores o Visitadores, o a través de sus libros y alguna de sus disertaciones... Siempre encontré en Miguel al amigo preocupado de mi persona, y no solamente de mi ministerio. Durante estos años y, posteriormente, cuando dejó Roma me compartió sus ideas, preocupaciones, alegrías y esperanzas en relación al Instituto, que mucho me ayudaron en mis interven-

ciones y escritos para los Hermanos y los demás miembros de nuestra Familia Lasallista.

Durante su segundo año de presencia en Roma, Miguel va a descubrir el Parkinson. En principio le causó desorientación, porque siempre había gozado de buena salud. Pensando, entonces en dimitir, recibió el apoyo pleno del Hermano Superior y de los Hermanos del Consejo. Tenía 63 años; era el más viejo del grupo. Pero los Hermanos le invitaron a continuar, a pesar de las limitaciones, que poco a poco van a manifestarse con mayor evidencia. Miguel encontrará también en el Parkinson un desafío para recrearse, pensarse y proyectarse hacia el futuro. La enfermedad será compañera de su itinerario hasta el final de sus días.

Otro acontecimiento impactante para Miguel fue el visitar a su querido mentor y amigo, el Hermano Michel Sauvage antes de su muerte, acaecida en Annepes, Francia. No contamos con la fecha exacta de esa visita, pero sí guardamos el testimonio de la profunda experiencia espiritual que ambos vivieron al despedirse, en la que se dieron mutuamente una bendición y entonaron uno de sus himnos favoritos. Michel y Miguel pudieron, así, celebrar al infinito su inmensa esperanza, confiados en la presencia del Dios providente que los había acompañado en su aventura intelectual y espiritual lasaliana por cuatro décadas.

Miguel había construido, sin duda, un camino original en el Instituto. Ahora, en su papel de Consejero General, sus cualidades intelectuales, la profundidad de sus investigaciones acerca del Fundador y sus dotes de maestro para

transmitir sus conocimientos al mundo lasaliano lo hacían un referente para todos. El Hermano Claude Reinhardt, Consejero General y compañero de trabajo, destaca en especial tres cualidades que lo hacían especial:

Miguel había adquirido fuertes convicciones como resultado de sus estudios lasalianos; pero no era un ideólogo que pretendiera imponer sus puntos de vista en todo el mundo. Era capaz de escuchar opiniones diferentes, integrándolas en su pensamiento para producir otro aún más rico, alimentado por la consulta a personas reales. Miguel amó al Instituto y promovió la unidad en la misión, una misión expresada en distintas formas de acción educativa. Sus sucesivas misiones así lo atestiguan: se dedicaba a la pastoral de emigrantes hispanohablantes siendo, al mismo tiempo, profesor universitario; se implicaba en la educación de adultos y, al mismo tiempo, en la pastoral de jóvenes adolescentes, y alentaba la apertura de universidades en otros Distritos, convencido del poder de la formación intelectual para proporcionar una educación de calidad a quienes la necesitan. Miguel era un hombre de rica intuición que comprendía rápidamente a las personas que conocía, sus rasgos de carácter, sus aspiraciones y sus talentos por desarrollar. Fue todo esto lo que hizo al Hermano Miguel tan profundamente solidario y hermano de sus hermanos, fiel a su vocación hasta el final.

Desde Roma, apoyando el trabajo de todos, va a compartir muchos de sus tesoros. De manera particular, y gracias al aporte del Hermano Michael French, por entonces Director del CIL en Roma, podemos conocer algo más de su manera particular al momento de preparar sus presentaciones:

Trabajar con Miguel era un gran regalo, porque era un maestro a la hora de planificar presentaciones y establecer contactos. A menudo, Miguel me llamaba. Me decía: “Tengo que planificar una sesión de cierre para Buttimer, y necesito una canción, una película y un par de buenas preguntas”. Yo reunía algunos ma-

teriales que trataban el tema que él necesitaba, y nos reuníamos y empezábamos a planificar. Yo le proporcionaba la materia prima y veía cómo Miguel la convertía en algo brillante y maravilloso. Me deleitaba con el arte de Miguel a la hora de dar forma a los recursos, especialmente a las preguntas. Recuerdo que dedicaba mucho tiempo a dar forma a los títulos. Solía decir: “Primero, haz la pregunta adecuada; luego, pon el título adecuado, y el resto caerá por sí solo”. Sus títulos incluían dos partes: una, una declaración directa del nombre del artículo, y otra, una explicación más profunda de las implicaciones...

Le apasionaba el tema de las Universidades Lasalianas; para el Hermano Álvaro Rodríguez, Miguel estaba convencido que respondían de manera idónea al carisma lasaliano en el mundo de hoy. Veía en el desarrollo exponencial de nuestras Universidades un signo de los tiempos.

Cuando preparaba mi intervención para el 45.º Capítulo General, Miguel me envió sus reflexiones. Una de ellas hacía alusión al Hermano Michel Sauvage que, como sabemos, no podemos olvidar cuando hablamos del Hermano Miguel, por lo que representó para él a lo largo de su vida. *Michel no fue un gran estratega, pero me parece que tiene razón cuando hablaba de tener muy clara la finalidad, para lo que somos llamados, y para poner todos nuestros recursos en esa finalidad. Situados en esa frontera con los jóvenes más necesitados, de cariño, de seguridad, de tener un empleo, de dignidad... poner todos los recursos del Instituto, desde las escuelas primarias hasta las universidades, desde el trabajo social y cuidado pastoral de los jóvenes, desde la función de educadores en la ciudad terrestre hasta las funciones eclesiales... Todo lo que somos y tenemos, al servicio de una urgencia de la niñez y juventud.* Para Miguel estaba claro que la razón de ser y la finalidad de una Universidad no aparecen necesariamente ni en sus edificios ni en sus *campus*. Su finalidad es contribuir al desarrollo y a la tutela de la dignidad humana; ayudar a encontrar un sentido para la vida; conservar y enriquecer la herencia cultural; luchar contra la

pobreza; dar pistas para la búsqueda de la verdad y, para los creyentes, encontrar a Jesucristo y vivir los valores evangélicos.

La energía creativa y la brillantez de Miguel seguían en plena efervescencia en el 2005, cuando se dedicó a producir dos documentos que serán claves para la reflexión del Instituto. En primer lugar preparó, para la Primera Asamblea Internacional de la Misión Educativa Lasaliana (AIMEL), de mayo 2006: *Fidelidad al movimiento del Espíritu: Criterios para el discernimiento*. En segundo lugar, y con ayuda de cinco Hermanos calificados, representantes de las cinco Regiones del Instituto, redactó el documento *Ser Hermanos hoy*, que será una pieza clave para preparar a todo el Instituto a la celebración del 44.º Capítulo General del 2007. El Hermano Álvaro Rodríguez ofrece una visión del alcance de esta reflexión:

Se trataba no solo de un texto sino de un proceso interactivo de discernimiento comunitario que nos invitaba a profundizar nuestras certezas y convicciones sobre ser Hermanos en el mundo y en la Iglesia de hoy. Creo que nos anticipábamos a la sinodalidad, a ese caminar juntos que hoy la Iglesia desea que sea una de sus notas características. La finalidad de este documento era ser un texto testigo y un centinela que quería instar a todos los Hermanos a interrogarse sobre lo que era más profundo de sus vidas como Hermanos, abiertos a las *inspiraciones y movimientos del Espíritu* como decía a menudo San Juan Bautista de La Salle. Se trataba, por consiguiente, de hacer una síntesis vital desde la fraternidad, integrando las tensiones que brotan del amor gratuito: *somos hermanos porque Dios es Padre y su amor es solidario y eficaz: lo que hicieron al más pequeño a mí me lo hicieron*. Se trata de un amor gratuito que se hace historia, en donde la eficacia brota como una exigencia del amor y la contemplación, como elemento vivificador de una acción histórica.

Miguel regresó a su Distrito, al terminar su período de Consejero General en Roma, para continuar su itinerario limitado por su salud a medida que empeoraba su enfermedad de Parkinson, pero sin dejar de seguir contribuyendo a la obra de Dios que es su Instituto. El lema del 44.º Capítulo General, *Ser Hermanos hoy, ojos abiertos, corazones encendidos*, se lo debemos a su inspiración.



10. AL SERVICIO DEL INSTITUTO (2007–2015)

Juntos estamos llamados a ser testigos del Reino para los jóvenes

Regresando al Distrito de Baltimore, que formaría parte del Distrito del Este de Norteamérica (DNA) a partir de 2009, Miguel fue enviado a la comunidad de la Universidad de La Salle en Filadelfia. En esta tercera oportunidad, fue nombrado “Distinguished Professor” (Profesor emérito) de la Misión Lasaliana. Se desempeñaba, por consiguiente, como una persona de referencia, asistente del Rector; formó parte del equipo que diseñó, coordinó e implementó la misión y el plan estratégico de la Universidad en su carácter de católica y lasaliana.

Acompañado por su comunidad, siempre atenta a su salud, Miguel desplegó su creatividad y su genio para traducir la herencia lasaliana en el mundo universitario. Junto con Raymond Ricci, entonces Asistente del Presidente para la Integración de la Misión, organizó una serie de tres seminarios, dirigidos al profesorado y a todo el personal de la Universidad, donde impulsó el estudio de la asociación lasaliana en el contexto de la doctrina social de la Iglesia y la tradición intelectual católica. Todas esas iniciativas hablaban de su creencia y compromiso con el poder transformador de la asociación lasaliana y de la misión compartida.

Para Miguel era importante acoger el don de la vocación lasaliana de tantos hombres y mujeres que se identificaban con el carisma de La Salle. Invitaba a los Hermanos a no centrarse en sí mismos, sino en confiar en la Providencia y a lanzarse, junto con los Asociados lasalianos, al encuentro de nuevos espacios desafiantes al servicio de los niños, jóvenes y adultos, desde la riqueza del ministerio educativo lasaliano, como don para la Iglesia y la sociedad.

Al mismo tiempo, retomaba con todas sus fuerzas la publicación de un libro que había emprendido con su mentor, el Hermano Michel Sauvage, entre los años de 1997 y 1998, antes de su experiencia en Cuba. Miguel tenía a su disposición el contenido de veintidós entrevistas, que ocupaban más de tres mil folios de información, en las que había identificado los ejes esenciales del itinerario de Michel Sauvage, a manera de un relato capaz de ser compartido con las nuevas generaciones de Hermanos del Instituto.

Reconociendo sus límites, organizó un equipo de trabajo con el apoyo del entonces Secretario de Investigación y Recursos Lasalianos de Roma, el Hermano Diego Muñoz, del Hermano Paul Grass del Distrito de Midwest y del Hermano Robert Comte del Distrito de Francia. Juntos llegaron a la publicación de *La frágil esperanza de un testigo*, en *Estudios lasalianos*, que será ofrecida a los Hermanos del 45.º Capítulo General en mayo del 2014. Miguel cerraba así otro círculo importante en su vida. La experiencia intelectual y espiritual vivida con Michel Sauvage podía ser, entonces, compartida, discutida y celebrada

por el Instituto al que habían dedicado toda su originalidad, juntos y por asociación, hasta el final de sus días.

A medida que pasaban los años, el deterioro en la salud de Miguel era evidente. Ya para 2012, había compartido con el Hermano Álvaro Rodríguez una reflexión personal y vital titulada: *Vivir en el Espíritu cada día las exigencias del Parkinson*. Se trataba de un testimonio que retrataba por entero a Miguel: realismo, sinceridad y espiritualidad.

Después de señalar los retos físicos, mentales, psicológicos y profesionales, Miguel concluía con coordinadas espirituales y decisiones, reconociendo que no podía afrontar todos los retos que se le presentaban, por lo cual elegía tres núcleos:

Primero, el abandono, de la parte de Dios, de los Hermanos y amigos, de los profesionales, quedando cada vez más marginado y olvidado; segundo, la inseguridad, habiendo perdido mi lugar en la historia del mundo, de la Iglesia, perdido el eje central de la historia, la impotencia y falta de energía para conectar con otros, asociarme con viejos y nuevos amigos; y, tercero, los instrumentos que pueden ayudarme en estos momentos: la *Lectio divina*, que será el instrumento que me permitirá identificar cuál es el núcleo de lo que esa pasando, para alabar, dar gracias y salir adelante; la Eucaristía, que será el centro y cumbre de todo lo que celebro en la oración de la frágil esperanza, y la propia oración de la esperanza que haré todos los días cuando convenga, sobre todo, en los períodos off. La puedo intercambiar con *Seigneur Jésus, fils de David, prends pitié de moi* [Señor Jesús, hijo de David, ten piedad de mí].

Miguel permaneció en la comunidad de la Universidad La Salle de Filadelfia hasta que ya no pudo valerse por sí mismo. Abrazado por el reconocimiento y el aprecio de la comunidad lasaliana continuó su itinerario final en De La

Salle Hall Residence in Lincroft, Nueva Jersey, que es un centro de salud de los Hermanos de DENA, donde recibió un acompañamiento médico adecuado a sus necesidades.



11. SUS ÚLTIMOS PASOS (2015–2024)

Preparado para abrazar el don de la eternidad

Si alguien vivió sus últimos años a la sombra de la cruz fue el Hermano Miguel. Un deterioro neurológico progresivo obligó a este hombre de inteligencia y energía ilimitadas a enfrentarse a la dureza de la finitud. Su famosa capacidad para comunicarse y conectar con casi todo el mundo se vio tristemente limitada. No veía lo suficientemente bien como para utilizar un ordenador y le resultaba difícil hacerse entender mediante el habla.

Desafiado por la enfermedad de Parkinson, la brillante mente de Miguel se convirtió en prisionera de su cuerpo. Poco a poco, su cuerpo dejó de obedecer las órdenes del cerebro. Le resultaba difícil entender lo que decía. Miguel se dio cuenta de que su estado físico no mejoraría y durante varios años se preparó en silencio para la muerte.

Aproximadamente una semana antes de morir, Miguel se cayó en su habitación y fue enviado al hospital local para una revisión. Le encontraron coágulos de sangre y los médicos querían que permaneciera en el hospital y recibiera cuidados paliativos; pero Miguel quería morir entre sus Hermanos. Tras una visita de su amigo, el arzobispo Nelson Pérez, que le ungió y le dio la comunión, Miguel salió del hospital y volvió a casa con sus Hermanos.

Dos días después, Miguel celebró su Pascua en la paz del Señor, el 4 de enero de 2024. La noticia de su muerte conmocionó a todo el mundo lasaliano. Se celebró una

misa funeral en la capilla del campus de la Universidad La Salle.

Como dijo el antiguo Superior General Robert Schieler en sus palabras durante la misa funeral de Miguel:

Como muchos de ustedes que tuvieron el privilegio de conocerlo y de estar en su presencia, fue para mí un amigo, un mentor y un hermano mayor... Vio y cultivó en nosotros cualidades y dones que ignorábamos poseer.

Sus restos descansan en el Cementerio del Distrito de la Comunidad de los Hermanos de La Salle Hall en Beltsville, Maryland.

Su legado teológico, pastoral y espiritual seguirá animando la vida y la misión de los lasalianos. Terminamos este relato con el testimonio de su amigo, el arzobispo Nelson Pérez:

El Hermano Miguel fue muchas cosas para mucha gente; para los Hermanos, a los que acompañó, su familia y amigos. Para mí fue - y sigue siendo en muchos sentidos - un maestro, un mentor, un hombre de gran sabiduría y profunda espiritualidad; pero, sobre todo, un hermano y amigo, un confidente y consolador en los buenos momentos y en los difíciles. Soy mejor hombre, sacerdote y obispo gracias a él. Estaré siempre agradecido a Dios por haber podido pasar tiempo con él en el hospital pocos días antes de que fuera llamado a su recompensa y a abrazar el don de la eternidad. Hablamos, celebramos los sacramentos de la Iglesia, que él recibió con un hermoso sentido de alegría y reverencia, expresado en sus ojos y en su maravillosa sonrisa. Todos nos encontramos con personas increíbles en nuestro viaje por la vida y el ministerio, pero sé, con convicción, que para muchos de los Hermanos, los fieles a los que sirvió y sus amigos, fue y será siempre un servidor excepcional de la Iglesia y del mundo. Sé que la buena obra que el Señor comenzó en él y

a través de él, fue llevada a término, y la esperanza que alimentaba su corazón es ahora una asombrosa realidad. ¡Descanse en paz y alegría, Miguel!









**Hermanos de
las Escuelas
Cristianas**

La  Salle



lasalleorg

www.lasalle.org